

La familia Knitter

era una familia como tantas otras.

La mamá, el papá y dos hijos. Además había que añadir un perro y un gato. Y un canario. No hay que olvidarse del canario, porque fue él quien cambió sus vidas.

Una tarde demasiado sofocante hasta para respirar, papá Knitter suspiró:

–Daría cualquier cosa por poder volar...
¡Me marcharía al campo, necesito aire fresco!

El canario picoteó la jaulita y mamá Knitter se la abrió.

–Pobrecito. Él también tiene calor.

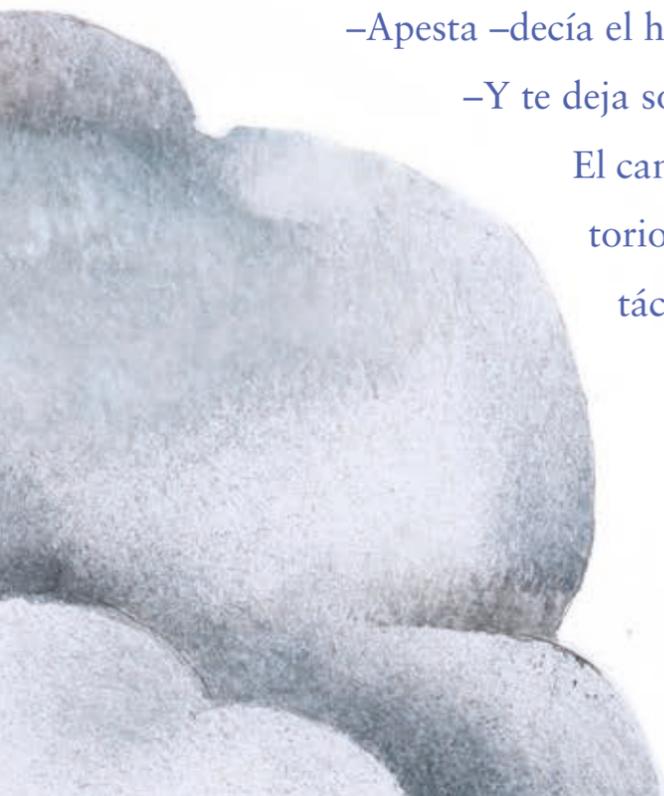


—¿Por qué no nos vamos de vacaciones así? —propuso papá Knitter. Le parecía una manera económica, natural y divertida de viajar.

Todos estuvieron de acuerdo y prepararon unas mochilas ligeras atadas a la cintura. Partieron al amanecer, siguiendo al canario.

Sobrevolaron extensiones de prados, grandes lagos chispeantes, bosques tan espesos como tejidos.





De vez en cuando asomaba un tejado o la nube gris de una ciudad, que los Knitter intentaban evitar a toda costa.

–Apesta –decía el hijo Knitter 1.

–Y te deja sordo –añadía el hijo Knitter 2.

El canario asintió y los condujo hacia territorios donde el viento no encontraba obstáculos y el aire solo olía a tierra y a sol.



Llegaron por fin a la costa, con acantilados que caían sobre el mar y olas saladas que rugían con violencia.

–¿Listos? –incitó exaltada mamá Knitter con la cara húmeda de agua salobre.

–¡Listos! –respondieron los Knitter a coro.

Volaron sobre las olas, dirigiéndose hacia una isla que parecía recién surgida del mar.